

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

66

LETRAS LIBRES
SEPTIEMBRE 2011

CUBA

TENGO MIEDO, TENGO MUCHO MIEDO

YOANI SÁNCHEZ

Durante las últimas semanas los medios oficiales le han brindado amplios espacios al cincuenta aniversario de una frase. El controvertido apotegma fue dicho por Fidel Castro hace ya cinco décadas en una reunión con escritores y artistas que tuvo lugar en el teatro de la Biblioteca Nacional. Aquella alocución, conocida como “Palabras a los intelectuales”, ha estado determinando la política cultural del país hasta el día de hoy, incidiendo directamente en las purgas y los procesos de reprimenda que han padecido los creadores. El entonces joven guerrillero encerró —aquel último día de junio— la creación artística nacional bajo una dicotomía irrevocable: “Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada.” Sería justamente ese el comienzo de un matrimonio forzado entre el Partido Comunista y la pluma, entre los uniformes verde olivo y los pinceles, entre la censura y los censurados.

La expresión que lanzó el Comandante en Jefe aquella jornada, frente

a los ojos asustados del auditorio, no era totalmente nueva para los oídos del mundo. Ya Benito Mussolini lo había resumido también en “todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado”. Solo que en nuestras latitudes, la Revolución se había autodenominado fuente de derechos y por tanto se comportaba por encima incluso del propio aparato estatal y gubernamental. De manera que Fidel Castro estaba diciéndoles a poetas, pintores, músicos y demás que cada línea de sus textos, cada brochazo sobre sus lienzos o nota sacada de sus instrumentos melódicos, iban a ser evaluados a partir de una posición ideológica. Se cuenta que en medio de la catarata verbal del barbado líder, algunos artistas se atrevieron a intervenir. Uno de ellos, Virgilio Piñera, pequeño, delgado, gay y poeta, le espetó una observación también antológica: “Yo no sé ustedes pero yo tengo miedo, tengo mucho miedo.” Y con la misma se sentó para molestia del orador y risita contenida de la concurrencia. Casi dos décadas después de aquel día, el autor de *Dos viejos pánicos* moriría en el mayor de los ostracismos editoriales, denigrado como homosexual y apartado por su incómoda postura ante los asuntos del poder.

Como a la historia le gusta gastar ciertas bromas, la frase de Fidel Castro no ha podido sacudirse aquella tan contraria dicha por el atrevido Piñera. Ya la una no existe sin la otra y viceversa. Hay quienes aventuran que para cuando se cumpla un siglo de aquel encuentro en la Biblioteca será evocada la expresión del cáustico escritor y no la esquemática dicotomía lanzada desde la silla presidencial. Pero mientras eso ocurre, los periódicos nacionales intentan hacernos creer que un raptó de lucidez hizo al Máximo Líder enunciar escuetamente la esencia de un arte verdadero. Para convencernos, escamotean los detalles que marcaron el derrotero artístico cubano en los años posteriores a las “Palabras a los intelectuales”. Se soslaya o minimiza el llamado Quinquenio Gris (1971-1975) durante el cual se intentaron instaurar los preceptos del realismo socialista —tropical— como los únicos apropiados para el momento histórico que vivía el país. Eran los tiempos de pintar pioneritos de rostro feliz, componer marchas para acompañar los desfiles multitudinarios y llevar a escena o al celuloide obras donde campesinos se unían en cooperativas para sacarle el máximo provecho a la tierra. Muchos de los que profesaban públicamente una religión, tenían una ideología diferente a la imperante o hacían gala de sus preferencias homosexuales, fueron sancionados y sacados de las instituciones culturales. Para pararse sobre



•Castro: nada contra la Revolución.

un escenario, publicar un libro o tomar el micrófono en un programa de televisión era más importante la confiabilidad política que el talento. Vinieron entonces tiempos oscuros para el arte. Y buena parte de los torquemadas de la cultura blandían como un credo el axioma dicho por Fidel Castro en 1961. En nombre de esas breves palabras fue mucho el pavor que se desató, demasiadas las alas de la inspiración que fueron cortadas. El Comandante, mientras tanto, seguía definiendo la identidad nacional, clasificándola con términos que parecían no incluir los matices, separando a los cubanos con epítetos que los definían como “revolucionarios” o “contrarrevolucionarios”. La mesa estaba servida para la intolerancia.

Por suerte los rostros de *koljónniki* sonrientes no lograron apoderarse de todos nuestros óleos y la capacidad creadora de esta isla sorteó el empobrecimiento de aquellos años setenta. Pero el miedo intuido por Virgilio Piñera ya no solo acechaba a escritores y artistas, estaba tras cada puerta, instalado en el interior de todo cubano. El enclenque escritor había tenido la lucidez de verbalizar por nosotros ese temblor que aún hoy nos recorre. Le había dicho al rey en su propia cara que estaba desnudo, que no había ningún mérito en gobernar sobre gente atemorizada.

A la luz de este siglo XXI, los exégetas del Comandante en Jefe quieren hacernos creer que sus palabras han sido malinterpretadas por los extremistas. Las celebran cual frase para cincelar sobre el mármol, pero ya hace tiempo no hay forma de esconderle el fundamentalismo que encierra. Ahora, cuando la volvemos a rememorar, escuchamos también al fondo de ella una risita cáustica. La broma de un menudo intelectual, de cabeza casi calva, que con su hilillo de voz se robó por siempre el protagonismo de aquella jornada, que le dijo a Fidel Castro las asustadas y quedas palabras de los intelectuales. —

FOTOGRAFÍA LA MALETA MEXICANA

—MARÍA MINERA

Quizás haya que empezar por decir que *la maleta mexicana* de la que tanto se ha hablado en los últimos años no es mexicana y, bien vista, tampoco es propiamente una maleta. De hecho, son tres cajitas de cartón especialmente preparadas en París para guardar negativos fotográficos. Este material, que por setenta años se dio por perdido, constituye (con sus 4.500 tomas) la práctica totalidad de las fotografías que Robert Capa, Gerda Taro y David Seymour, mejor conocido como “Chim”, tomaron durante la Guerra Civil española. Se trata, pues, del núcleo duro de uno de los más valiosos ejercicios fotográficos que jamás se hayan hecho. Para decirlo pronto: lo que esas cajas contienen no es otra cosa que la mismísima invención de la fotografía de guerra moderna. Es cierto que en su momento muchas de esas imágenes aparecieron publicadas aquí y allá (sobre todo las de Capa). No obstante, estos negativos nos ofrecen una insólita visión de conjunto que revela no solo el verdadero tamaño de la labor de estos fotógrafos, sino también su extrema originalidad. Para ellos, el reportaje fotográfico, hasta entonces inédito, tenía un significado triple: para empezar, las imágenes debían captar el drama de la guerra en toda su amplitud; el fotógrafo debía por tanto abandonar la posición de testigo y adentrarse lo más posible en el conflicto (de ahí la célebre frase de Capa: “Si tus fotos no son lo bastante buenas, es que no estás lo bastante cerca”); el fotógrafo no podía, pues, quedarse al margen: era su deber tomar partido. La objetividad no era, para ellos, el propósito del fotorreportero, lo importante era su particular perspectiva, su cercanía. (En una de sus notas como corresponsal de la Alianza Norteamericana del Periódico, Hemingway cuenta cómo él y



—La caja negra de la maleta mexicana.

otros periodistas seguían la Batalla de Teruel a unos ochocientos metros de distancia, mientras los jóvenes dinamiteros —“la crema de la milicia”, como los llamaban— lanzaban sus granadas sobre los muros de la ciudad. Por sus fotos se sabe que Capa en cambio estaba exactamente ahí, junto a los dinamiteros.)

No es que anteriores episodios bélicos no hubieran contado con un correlato fotográfico; la diferencia esencial aquí es una novedosa noción de inmediatez solo concebible a raíz de la aparición de cámaras fotográficas mucho más manejables y eficientes (como la pequeña Leica de Capa, que fue la primera que utilizó rollo de película, con lo cual era posible hacer 36 disparos al hilo). Por primera vez, los fotógrafos podían seguir el conflicto ahí donde tuviera lugar. Las fotografías de Capa y de Taro (Chim rara vez cubría directamente la lucha armada; lo suyo eran las escenas cotidianas) sorprenden sobre todo por eso: porque nos ponen —y desde luego se ponen ellos mismos— en el sitio exacto de la acción (y tanto que tristemente Gerda Taro habría de morir en una confusa retirada de las tropas republicanas el 26 de julio de 1937

durante la Batalla de Brunete). La inmediatez de la imagen –esa certeza de conformidad con la realidad– trajo consigo una transformación de los medios impresos, que comenzaron a medirse en términos de credibilidad. Sirvan estas palabras de Louis Delaprée, el corresponsal del diario *Paris-Soir*, para ilustrar la caída en desgracia de la prensa escrita: “Todas las imágenes del martirio de Madrid que trataré de poner ante sus ojos –aunque muchas desafían toda posible descripción– las he visto. Pueden creerme. Les suplico que lo hagan.” De pronto, se hizo evidente que nada podía competir con una fotografía en términos de veracidad (ella era “lo creíble” por definición); se volvió entonces imperativo acompañar toda nota periodística con al menos una imagen fotográfica. “El ritmo de la vida moderna”, afirmaba la revista francesa *Vu* en su primer editorial, solo podía “ser captado por tecnologías modernas”. De golpe, los periódicos dejaron atrás los grabados, las caricaturas y en algunos casos incluso los textos y abrieron sus puertas al mejor fotoperiodismo. Y es ahí donde Capa, Taró y Chim entran en la historia.

La creciente demanda de imágenes permitió a cada uno de estos fotógrafos desarrollar su propio estilo fotográfico, y los llevó a crear, en conjunto, la que sin duda es su gran aportación a la historia de la fotografía: el ensayo fotográfico. Desde luego existen algunas imágenes individuales que por sí solas consiguen transmitir la dimensión del conflicto (como la famosísima toma de Capa de la *Muerte de un miliciano*), sin embargo, la intención de los fotógrafos no era esa: lo que les interesaba era construir una narrativa coherente, parecida a la que ofrecían los noticieros cinematográficos (entonces muy populares). Por eso el material de la maleta mexicana es tan revelador: porque sobre todo hay secuencias, algunas



+Robert Capa, *Batalla del río Segre*, 7 de noviembre de 1938.

particularmente complejas y largas (como la del seguimiento de Capa de la Batalla del Segre, que llevó al semanario inglés *Picture Post* a anunciar en la portada: “¡Esto es la guerra!”). También es interesante observar que bajo esta concepción del reportaje fotográfico no solo tienen lugar las imágenes más climáticas; al contrario, son mayoría las fotografías de la gente intentando, a pesar de todo, mantener intacta su cotidianidad. Para estos fotógrafos estaba claro que la mejor manera de apoyar la causa republicana era enviando el mensaje correcto: los españoles de a pie eran los verdaderos protagonistas de la guerra: en ellos recaían las acciones más heroicas, pero también el dolor más profundo. “No es fácil”, escribió Capa, “estar en ese lugar y no poder hacer nada excepto retratar el sufrimiento que otros deben soportar”.

Cómo llegaron los negativos a la ciudad de México es realmente un misterio. Se cree que en octubre de 1939, al huir precipitadamente de París ante la inminente llegada de las tropas alemanas, Capa los dejó abandonados en su estudio de la Rue Froidevaux. Es posible que el propio Chim hubiera sumado los suyos al conjunto, un poco antes de embarcarse, en mayo del mismo año, en el mítico buque *Simaia*,* con el doble propósito de realizar un reportaje sobre el exilio español para la revista *Life* y de escapar él mismo de la Francia de Vichy. La única noticia que se tuvo desde

entonces del paradero de los negativos fue la carta de 1975 en donde Emérico “Chiki” Weisz, el impresor de Capa, relata lo siguiente: “cuando los alemanes estaban a punto de entrar a París, puse todos los negativos de Bob en una mochila y me trasladé en bicicleta hasta Burdeos, tratando de subirlos a un barco que fuera hacia México. En el camino conocí a un chileno al que le pedí que llevara los negativos a su embajada para mantenerlos a salvo. Y aceptó”. Algo así tuvo que haber pasado, solo que, en lugar de llegar a Chile, los negativos viajaron, extrañamente, en alguna de las maletas del general Francisco Aguilar González, el entonces embajador de México en Vichy. Solo es posible especular sobre las circunstancias en que este material llegó a sus manos. Todo puede ser: tal vez el general era consciente de la importancia del contenido de las cajas y por eso decidió conservarlas o, por el contrario, quizá ni siquiera se enteró de que estas lo acompañaron, junto a su voluminoso equipaje, en su regreso a México. Lo único cierto es que los herederos del general encontraron tras su muerte las tres cajas entre sus efectos personales, y uno de ellos las cedió al cineasta mexicano Benjamín Tarver. Y a su vez Tarver terminó por entregarlas, en diciembre de 2007, al Centro Internacional de Fotografía (ICP, por sus siglas en inglés), entonces todavía dirigido por Cornell Capa, el hermano del fotógrafo. Y fue así que la, a partir de ese momento, llamada maleta mexicana salió a la luz. Por eso es mexicana. Y es maleta solo por seguir con la historia de un elegante maletín Vuitton

* Aquel que habría de llevar a los primeros 1.600 refugiados españoles a su exilio en México.

que apareció en Suecia en 1979 con una serie de impresiones de Capa, Taro y Chim, que en principio hizo pensar que se trataba de la maleta de los famosos negativos perdidos que espero vuelvan pronto a México, aunque sea de visita. —

LITERATURA

EL HAZ Y EL ENVÉS: SOBRE PALÍNDROMOS

i. m. Darío Lancini (1932-2010)

AURELIO ASIAIN

La atracción por los palíndromos —textos que se leen de ida y vuelta— aparece en épocas remotas en lenguas muy diversas y acaso sea común a todas las literaturas. La tradición occidental se remonta al siglo III a. de C. y al tracio satírico Sotades pero cabe suponer un origen distinto a las variedades orientales del género. En los palíndromos japoneses las letras que forman las piezas del juego no representan fonemas sino sílabas. En los palíndromos chinos no se lee el mismo texto de ida y vuelta, pues al invertirse el orden de sucesión los caracteres se combinan de otro modo y se resuelven en palabras y frases distintas. Combinar letras que representan fonemas sin significado propio no es igual que combinar símbolos que representan palabras. Pero si cortáramos un palíndromo occidental por la mitad tendríamos que leerlo como un palíndromo chino: la segunda parte del texto aparecería al dar la vuelta a la frase. (Así, al leerse de ida y vuelta, mi “Note cómo es aldeaño Dalí” se despliega en “Note cómo es aldeaño Dalí la doña del aseo, mocetón”). Todos los palíndromos, en todas las lenguas, obedecen al mismo impulso primordial: encontrar sentido en lo que no parece ser sino ruido. Nos maravilla que un texto pueda leerse por el haz y el envés por la misma razón por la que nos encanta ver cobrar formas a las nubes.

Que para leer la línea de vuelta lo hagamos como si apenas descifráramos la escritura, con el dedo al ras de la página, muestra que se trata de un arte textual antes que verbal, visual antes que sonoro. Un poema requiere oído; en un palíndromo —que puede resultar un poema— la lengua entra por los ojos. He escrito *arte* donde tal vez debí decir *juego*, pero también llamamos poesía a una práctica cuyos ejercicios suelen no ser sino eso. La diferencia depende del resultado. En cualquier caso, es pasatiempo de letrados. Lo han practicado Dante, Swift, Poe, Carroll, Joyce, Khlebnikov, Nabokov, Borges, Arreola, Perec, Calvino, Cortázar, Monterroso... En nuestra lengua el gran maestro (término ajedrecístico, pero algo de ajedrez tiene el palíndromo) es indiscutiblemente el venezolano Darío Lancini (1932-2010): sus creaciones no son solo textos reversibles sino muchas veces auténticos poemas.

Amor azul

Ramera, de todo te di.
Mariposa colosal, sí,
yo de todo te di.
Poda la rosa, Venus.
El átomo como tal
es un evasor alado.
Pide, todo te doy: isla,
sol, ocase, pirámide.
Todo te daré: mar, luz, aroma.

Sé de pocos más de quienes pueda decirse lo mismo. Uno de ellos es el autor de *Eco da eco de doce a doce* (el libro publicado por Ediciones de la Galera en estos días al que una versión reducida de estas páginas sirve de prólogo): Pedro Poitevin (Friburgo, 1973), matemático de profesión, profesor investigador de lógica, ajedrecista seriamente aficionado y, como Monterroso, guatemalteco en tránsito: combinación idónea.

¿A qué obedece la fascinación por los palíndromos? No a la satisfacción de la simetría, sino a las revelaciones que la simetría propicia. *Que ala, ele, somos o anilina* se lean del mismo modo de derecha a

izquierda y de izquierda a derecha no tiene mayor interés; que el nombre *Anita* contenga en el reverso la palabra *atina* nos intriga: es como si la contigüidad de los vocablos, cada uno el secreto de la otra, su oculto sentido, no fuera accidental, sino necesaria y naturalmente significativa. Como las cartas del tarot y las monedas del *Libro de los cambios*, las palabras de los palíndromos sirven a un arte combinatoria que se resuelve en arte divinatória. Los palíndromos son oráculos y esfinges: no es la voz de quien los escribe la que habla en ellos y lo que esa voz dice está cifrado. “Cuando descubrí los palíndromos”, escribió Cortázar, “me sentí instalado en una situación de relación mágica con el lenguaje.” El sentido ilumina un destino: Anita atina.

Uno de los palíndromos más conocidos en español es una extensión del anterior: “Anita lava la tina.” Tiene la gracia de la sencillez, pero no el encanto de la célebre estampa misteriosa: “Dábale arroz a la zorra el abad.” ¿Por qué el abad le da arroz a la zorra? ¿La sometía a la austeridad monástica? ¿Por qué la zorra lo aceptaba en lugar de, digamos, las gallinas? (Misterios que se desvanecen y dan paso a otros si entendemos que la zorra es “una zorra”, una mujer salaz.)

Los palíndromos no se construyen solo con palabras palíndromas, como el del arroz y el abad, sino sobre todo con las que no lo son y en el camino de vuelta se descomponen para formar con las vecinas otras voces, pero hay por supuesto palabras recurrentes (no hay palíndromista sin su *ay* y su *ya*, sin su *diva* y su *luna*, su *oíd* y su *dío*) y sin duda palíndromos a los que los explora-

* Cortázar decía palíndroma, como Arreola y otros, por galicismo. Me escribe Gabriel Zaid: “La palabra es pseudogriego inventado en inglés por Ben Jonson (palíndrome). El DRAE nunca registró palíndroma sino palíndromo desde la edición de 1956, y da las raíces griegas, como si de ahí viniera. Hace lo mismo el Robert y hasta el OED, aunque da como primera aparición la de Jonson, c. 1629. Lo más notable del asunto es que en griego moderno (Oxford pocket) palíndromikós = reciprocating (movement). Y karkínos = crab, cancer, palíndrome.”

dores llegan una y otra vez. ¿Cómo estar seguro de que una frase tan redonda como la noticia mitológica *Eco da eco de doce a doce* no ha sido ya encontrada por otro?

Un palíndromo no se inventa: se descubre. Como cualquier poema, a fin de cuentas: “una auténtica obra de arte, poema, escultura, melodía, es una forma ideal que preexiste en las posibilidades de la lengua, del mármol, de las notas, y que el artista descubre como se descubre un teorema”, anotó Italo Calvino a propósito del palíndromo de Luc Étienne *Ce repère, Perec*. Solo que aquí *la musa musita (a ti suma su mal)* no en los oleajes del sentimiento y los vendavales de la pasión sino en las esquinas del juego y los resquicios del equilibrio sintáctico.

Un buen palíndromo resulta poema, relato, sentencia, oráculo u otra cosa —siempre otra cosa— cuya naturaleza ignoramos hasta poner el punto final. Pero el género importa poco. Lo interesante es la aparición de imágenes inusitadas, a veces inmediatamente reflexivas y desdobladas en ideas, en cabos de una línea de pensamiento, a veces vagamente alusivas. Frases que compendian, con desapego e ironía que las libera del peso sentencioso y la vana suficiencia, enteras filosofías: *Solo ser, tras Sartre, solos*. O resumen situaciones arquetípicas, nudos dramáticos esenciales: *Desamor. Aroma. Sed*. O enuncian con ingenio lugares comunes: *La era diva, la vida real*. Breves relatos de gracia sobre todo fonética: *Roló dedo gordo. Lo drogo de dolor*. Frases de salón dieciochesco: *Sade: sé darte leve letra de sedas*. Con frecuencia, el premio está en los vocablos inusuales: *Ávida, darale Verónica ramal amaracino. Revelará dádiva*. El palíndromista es un arqueólogo fascinado con pequeñas rarezas. Naturalmente, abundan las alusiones, los guiños. El palíndromo vuelve derechamente por donde vino pero la senda es siempre sinuosa y obliga a lanzar miradas a todos lados: *Eso, Neruda: me opuso ese delator bélico. No caeré. Te desea, celoso. Le cae*

sed etérea. Conocile. Brótale deseo. ¿Su poema dure? No sé. (Todos los ejemplos de este párrafo son de Pedro Poitevin, en el libro citado.)

Aunque hay larguísimos palíndromos en prosa, como el célebre de Georges Perec, de más de quinientas palabras, algo (o muchas cosas: la densidad semántica, la sinuosidad alusiva, la proliferación de aliteraciones y rimas) tiende en ellos no solo a la poesía, con la que casi siempre tropiezan y a veces armoniosamente se encuentran, sino al verso. Leer en líneas cortadas permite construir con más seguridad el sentido: las pausas son asideros. Se ve claramente en Lancini. Pero hacer verdaderos versos, controlando los acentos y el número de sílabas, como hace Poitevin en las breves estrofas de las páginas finales de *Eco da eco de doce a doce*, es un logro mayor.

Alameda, racimo, leve rayo,
ópalos de salina sed, la clara
mar, alcaldesa: ni la sed solapo,
o ya revelo mi cara de mala.

No menos notables son los dos poemas palindrómicos de Poitevin en homenaje a Lancini:

Soneto para Darío Lancini

Oír Darío, la musa ataca.
Acalla, musa, o no oír, río.
¿Oír con él pesare a cosaca?
Acá tapa su mal amor baldío.
Oír bala, la sal sé ya casaca.
A cama suma la dé todo trío.
Oír: traé, tomá, rajá resaca.
Acá se rajará: ¡motear, tío!
Oír todo te da la musa maca.
Acá saca y es la sal ala, brío.
Oír la broma, la musa pataca:
¿Acaso caerase pleno crío?
Oír, río, —¿o no?— a suma llaca.
Acata a su mal, oír Darío.

Eso llámase corazón

¿O no? ¿Oír Darío?
La sed es ala. La ley es aire.
Sé vela, levita.
¿Oír Darío, Edipo?
La suma leve ley osaré.

Sé verla.
¿Oír de mí? ¿De mi don? ¿No?
Dime, dime, Darío, al revés eras.
Oye leve la musa: lo pide.
¿Oír Darío?
A ti vela leve, sería. Sé.
¿Y el ala? La sé de sal.
¿Oír Darío? ¿O no?
No, zar, o cesará mal, lo sé.

La maestría del artífice es evidente. No menos claro es el aviso del poeta. —

CHILE

PREGUNTAS EN LA ALAMEDA

RAFAEL GUMUCIO

Hace nueve meses el mundo entero miraba extasiado cómo el muy ejecutivo y enérgico presidente Sebastian Piñera rescataba a 33 mineros hundidos en el centro mismo de la tierra. Metáfora perfecta de una transición política que empezó hundida en las catacumbas mismas del miedo para, con una mezcla de ingenio y paciencia, salir a la luz y sorprender al mundo. Un mundo que quedaría más sorprendido aún al saber que el presidente que lideró la gesta de la mina San José yace hoy hundido en una desaprobación histórica —solo un 33% de los chilenos, para más simbolismo, aprueba su gestión. Un descrédito que comparte con la oposición que baja en las encuestas al mismo ritmo que el gobierno.

Nueve meses después del rescate histórico los mineros, algunos de ellos tanto o más pobres que cuando se hundieron al fondo de la tierra, se querellan contra el Estado chileno del que fueron el más victorioso símbolo. Esta es solo una de las paradojas de un país que parece haber descubierto después del también histórico terremoto y maremoto de febrero del año pasado más de una falla geológica, algunas superficiales, otras profundas, formando entre todas un enjambre sísmico difícil de predecir que tiene

a toda la élite, intelectual, empresarial y política –a menudo a cargo de las mismas personas– en estado de alerta y shock.

Chile ha vuelto a ser lo que más le gusta ser, una excepción: un país que crece al seis por ciento en medio de un mundo en recesión, que tiene una democracia estable y en que mejoran casi todos los índices macroeconómicos, donde de pronto amanecen 150.000 personas marchando en la Alameda. Entre ellas yo, que, como muchos ahí, no salía a protestar desde fines de los ochenta, cuando la dictadura unía a todos los que la sufríamos y la calle se llenaba de banderas de partidos proscritos, e himnos de la Unidad Popular, canciones épicas y miedo inmemoriales que contrastan con el ambiente de fiesta descuidada, de simple improvisación que domina esta manifestación convocada por Twitter y Facebook, y luego retransmitida al mundo por esos mismos medios que tienen en Chile más adictos que en cualquier otro lugar de Latinoamérica.

Atravesio apurado, como si temiera esa multitud inabarcable de reivindicaciones contradictorias: matrimonios gays, Patagonia sin represa, ciclismo furioso, defensa de los derechos de los animales, pocas o ninguna bandera de partidos tradicionales, pocos o ninguno de sus dirigentes, abucheados sin piedad cada vez que intentaron integrarse a alguna columna de manifestantes. Consciente de que mi edad y mi historia me hacen sospechoso, me adelanto a la columna principal, tan rápido que paso de largo la marcha. Camino entre los perros vagos que los manifestantes desplazaron de su territorio. Como esa manada infinita, me cuesta a mí también comprender ese río de caras que nunca he visto antes, ese flujo sin fin de diabladas, batucadas, murgas, tamborines, saxofones, silbatos, carros lanza agua de cartón, monjas y curas amarrados a la misma cadena protestando contra la educación religiosa, y otra columna de profesores agriados, y otra más

de caballeros medievales con su armadura y espadas, otra legión sacada directamente de *Dragon Ball Z* al lado de un actor que firma autógrafos vestido de Allende. Y travestis y transgéneros por montones y pañuelos palestinos con sus piedras y bombas molotov que se preparan para su propia Intifada cuando se acaba el acto y empieza otra fiesta, la de los saqueos, los vidrios y las cabezas rotas, las lacrimógenas a raudales, los caballos de los carabineros que caen a veces desangrándose al suelo en una imagen que no hubiese dejado indiferente a Paolo Uccello.

Es difícil, incluso para el observador más atento, captar la amplitud y la novedad de un movimiento que cambia permanentemente de actores, de petitorios, de demandas. Unas protestas que parecen más un carnaval que una revolución. Tomas de colegios, de universidades o de oficinas ministeriales transmitidas en directo por twitcam, competencia de baile Axe en plena calle, concurso de imitación de Lady Gaga y desnudos al aire libre y tres mil besos apasionados delante de la catedral. En Valparaíso un grupo de estudiantes quiere lograr que más 1.800 personas donen su sangre el mismo día. En Santiago un colectivo de estudiantes de artes dan vuelta sin parar alrededor de la Moneda hasta completar 1.800 horas, símbolo de los 1.800 millones de dólares que se necesita según ellos inyectar a la educación superior. Delante de esa misma Moneda un millar de estudiantes de diversas carreras bailan “Thriller” de Michael Jackson, vestidos de zombis porque “moriremos pagando” las deudas por millones de pesos que los esperan al terminar sus estudios. Unos estudios que, de un modo inédito para el resto del mundo, son financiados en un ochenta por ciento por las familias de los estudiantes y en un veinte por ciento por el Estado. Estudios en universidades que son, según el economista Patricio Meller, proporcionalmente al PIB las más caras del



Foto: Estudiantes chilenos en Argentina

+Protesta y diversión en Chile.

mundo. Más cara aún para los más pobres, peor preparados para las pruebas de selección universitarias, que tienen que estudiar en universidades privadas no acreditadas o mal acreditadas, que gastan la mitad de su presupuesto en contratar modelos para los avisos publicitarios, y laptop y auto cero kilómetros para el que se matricula primero.

Muchos países del Tercer Mundo pueden también hacer gala de una serie de récords mundiales oprobiosos. Lo que hace interesante esta manifestación es el hecho mismo de que Chile no es un país más del Tercer Mundo, sino uno que se ufana de estar a punto de abandonar ese club. Lo que hace apasionante el tono pero también el contenido de estas protestas es que no nacen del fracaso de un sistema sino de su éxito. Los jóvenes que ahí se manifiestan no lo hacen porque no tengan oportunidades. Muchos de ellos son parte de la primera generación de su familia que estudia en la universidad. O son más bien la segunda: porque sus hermanos mayores aceptaron sin chistar las reglas del juego hasta que los dejaron sin trabajo pero con título, o sin título siquiera, estancados en carreras que cierran en cualquier momento por falta de campo laboral.

Como Cuba, a Chile, esa isla misteriosamente pegada al resto del continente por desiertos y mon-

tañas infranqueables, le ha tocado ser un laboratorio ideológico. En los setenta quiso instalar el socialismo por la vía electoral, respetando la forma de la democracia liberal pero cambiando su sentido. En los ochenta liberó a culatazos limpios los mercados, probando en el terreno siempre delicado de la salud, la previsión o la educación, las teorías más extremas de Milton Friedman y sus amigos de la Universidad de Chicago. En los noventa y la primera década de los dos mil, ensayó una cierta fusión entre ambos intentos: una economía abierta y libre con ciertas reformas sociales que aumenta la protección social. Un cambio del que fuimos todos los chilenos beneficiarios y víctimas, aunque no del mismo modo, no al mismo tiempo. El presidente Piñera vio quebrarse el mundo austero, católico y afrancesado de su infancia para convertirse en un hombre inmensamente rico y norteamericanizado hasta la médula, perdiendo en el intercambio el contacto con la ciudadanía a la que trata de agradar ciegamente sin lograrlo. El exministro de educación y varias veces candidato a la presidencia Joaquín Lavín, Opus Dei de misa diaria y de genuinas preocupaciones sociales, se ve de pronto en la incomodidad de no poder confesar cuántos millones de dólares ha ganado en la universidad supuestamente sin fines de lucro, que creó con unos amigos. Todo esto mientras los chilenos, que pagan la mitad o más de sus ingresos en los estudios universitarios de sus hijos, ven ante sus ojos cómo La Polar, una de las más populares multitiendas del país, confiesa que lleva años repactando las deudas de sus clientes sin avisarles, maquiando al mismo tiempo su propia contabilidad para conseguir año con año ser considerada la empresa líder del mercado.

Es la asimetría de ese crecimiento, la diferencia abismal que separa a chilenos que hablan, se visten y hasta piensan igual, lo que nos hace marchar, como un ejército que sitia

su propia ciudad. Maduros a la fuerza, acostumbrados a considerar como realista solo una versión de la realidad, las protestas son también contra un cierto monopolio de la razón o de la moral que muestra sus costuras y fallas: curas que abusan de menores, empresarios que esclavizan paraguayos, el ministro de Hacienda que echa a su empleada doméstica al enterarse de que está embarazada. ¿Eso explica la alegría con que veo a gente que normalmente considero sensata e inteligente sufriendo al ver cómo se le escapa el país, y sus hijos se manifiestan contra el lucro, no solo en la educación sino en general? ¿No siento un cierto placer al volver a ser irresponsable pero moralmente exigente y preguntarme si vale la pena seguir creciendo si el crecimiento en nada termina con el sistema de casta que encierra a cada cual en su gueto? ¿No tenemos todos, los que se manifiestan y los que no, que esta es la última oportunidad de hacer preguntas incómodas, antes de que el rodaje de la máquina ande solo, antes de que nos retiremos felices a nuestro rincón cada vez mejor vigilado contra la irrupción de los extraños?

Esos extraños, esa nueva clase media endeuda pero también “empoderada” —como se dice en Chile— que puede despertar en cualquier momento, que está despertando quizás en estas marchas donde, a falta de voz propia, de rostro legitimado por la élite, les toca ser números: cuarenta mil en las protestas contra las HidroAysén, las hidroeléctricas que intentan instalar en el sur, cincuenta mil en la protesta por el matrimonio gay, ciento cincuenta mil en la protesta de los estudiantes. Una multitud que es la única forma en que pueden inquietar. Porque eso hacen, no alarman aún, preocupan apenas pero sí inquietan, en gran parte porque atacan el flanco más débil de un sistema que los vio como un amasijo de necesidades y miedos a los que bastaba darles *voucher* y mucha publicidad: la moral.

En un país lleno de fronteras invisibles, de códigos secretos, que se reconoce apenas en los distintos vertiginosos cambios que ha vivido, las calles del centro son de los pocos lugares en que todos nos sentimos iguales. No es un azar que hasta ahí acudan todas esas manifestaciones, todas esas reivindicaciones tan distintas, tan contrarias entre sí a veces, que tienen como lema en común la igualdad ante la ley.

Camino esa sorprendente mañana por la Alameda Libertador Bernardo O’Higgins: las grandes alamedas, pienso, tan distintas a la que soñaba Allende. Nada de vanguardia popular, nada de revolución obrera, una avenida llena a rebasar de gente que trae consigo sus callejones sin salida, sus barrios desconocidos a los que se llega después de horas y horas de autobús, que se cruzan, que se miran, que se sorprenden misteriosamente unidos y semejantes, aún, quizás por última vez, parte de una misma ciudad. —

POLÍTICA LA RELIGIÓN Y LA DEMOCRACIA

✎ FÉLIX OVEJERO LUCAS

La calidad de la vida social y civil, la calidad de la democracia, dependen en buena parte de este punto “crítico” que es la conciencia, de cómo es comprendida y de cuánto se invierte en su formación. Si la conciencia, según el pensamiento moderno más en boga, se reduce al ámbito de lo subjetivo, al que se relegan la religión y la moral, la crisis de Occidente no tiene remedio y Europa está destinada a la involución. En cambio, si la conciencia vuelve a descubrirse como lugar de escucha de la verdad y del bien, lugar de la responsabilidad ante Dios y los hermanos en humanidad, que es la fuerza contra cualquier dictadura, entonces hay esperanza de futuro.

Benedicto XVI, el 4 de junio de 2011 en el Teatro Nacional de Croacia en Zagreb

El Papa parece enfadado. No le gusta la solución que el liberalismo ofrece a la religión. Y tiene toda la razón. Lo tratan con si fuera tonto, como si la religión fuera una rareza o una manía. Y si algo no es el Papa es tonto. La mejor prueba: la persistencia del Estado Vaticano. Al Papa se le respeta y se le teme, como a un jefe de Estado. Lo que no deja de tener su aquel, como nos recordó Stalin, en Yalta, con su retórica pregunta a Winston Churchill: “¿Cuántas divisiones tiene el Papa?”

En el fondo de la irritación del Papa hay problemas muy centrales del pensamiento liberal para abordar las ya de por sí complicadas relaciones ente democracia y religión. Problemas que tienen mucho que ver con su falsa solución liberal: una patológica proliferación de “respeto a todas las creencias”. En la práctica, esa solución se traduce en un veto a la discusión madura que, al final, acaba por limitar la libertad para pensar. Ver por dónde discurre el camino que lleva de una cosa –de respeto– a la otra –la censura– es un modo de ver que también en el caso del liberalismo el infierno está empedrado de buenos propósitos.

El liberalismo, en su sentido más estricto, está comprometido con el ideal de libertad negativa, según el cual, uno es máximamente libre cuanto menos intromisiones experimenta. Más exactamente: el individuo A es libre para realizar X si, y solo si, no existe un Y tal que impida que A realice X. Mi libertad se ve menoscabada cuando el Estado, o los otros, tercian en mis opciones, bien limitando mis posibles acciones, con prohibiciones, bien arrebatándome lo mío, con los impuestos, bien entrometiéndose en mis ideas, con recomendaciones acerca de cómo debo llevar mi vida. Frente a esto, dirá el liberal, se levanta la libertad negativa, que me asegura la protección de mis



Foto: MJ

• *Petri Apostoli Potestatem Accipiens.*

ideas y mis bienes. Lo que yo hago con mi vida es cosa mía, sobre todo si lo hago en mi casa, en mi propiedad. Esa idea de libertad negativa, en su convivencia con la democracia y la igualdad, será un avispero de problemas, entre lo que no es el más pequeño el trato con las ideas religiosas: ¿qué sucede cuando el culto a Dios o a Satán, amparados por la libertad negativa, choca, por las peculiares recomendaciones de Dios y de Satán, con la democracia o la igualdad ciudadana?

En la perspectiva liberal la solución es sencilla: “la religión es un asunto privado”. Un supuesto que casi todos damos por bueno pero que se revela más que complicado si se piensa en lo que es una religión. Porque las personas no son miembros de una comunidad religiosa como son miembros de un club de filatelia. Una religión medianamente vertebrada, además de con una liturgia, está comprometida con unas cuantas ideas sobre lo que está bien y está mal, sobre cómo deben comportarse quienes la suscriben, y es razonable que sus practicantes aspiren a que el mundo se acomode a esas ideas. Eso, se mire como se mire, quiere decir que la religión arras-

tra una exigencia política, pública, de universalidad en sus contenidos (“yo no solo creo que el aborto esté mal para mí”) y de integridad en sus razones (“yo baso mis acciones morales en mi religión”); sintéticamente: “La religión, que inspira mis valoraciones y mis acciones, me lleva a evitar todos los abortos.”

Por aquí surgen los problemas. Si queremos que los individuos se sientan vinculados con la democracia y sus decisiones, no cabe decirles a los creyentes que aquello que rige su vida, sus ideas sobre el bien y el mal, se ha de quedar en casa, que la democracia no tiene forma de dar curso a sus propuestas sobre el bien común. Si lo hacemos, ya podemos anticipar su réplica: “no veo porque yo me debo sentir comprometido normativamente con las decisiones, cuando me dicen que aquello que a mí me lleva a comprometerme es poco más o menos una rareza o una peculiaridad, como dejarme el bigote o llevar sombrero”.

Por supuesto, podemos pedirle, por ejemplo, que se olvide de la religión y acepte y se comprometa con la democracia por otras razones, las que justifican a la democracia para muchas gentes: el respeto a

la autonomía de los ciudadanos, la calidad de las decisiones, la igualdad entre los ciudadanos, la que sea. Sería algo parecido a lo que sucedería con un jainista, vegetariano por razones religiosas, que, a la hora de defender su opción gastronómica se limitase a apelar a razones que valen para los demás: dietéticas (la salud) o morales (no infringir daño a los animales). Pero si se trata de compromiso moral con la decisión adoptada, no es fácil que esa solución le sirva al creyente, porque, para él, las bases de sus acciones, sobre todo de sus acciones morales, no son las propias del debate democrático, en particular los criterios de gustos o de racionalidad, al menos mientras entienda la religión como algo distinto de una afición deportiva o de una filosofía moral. No hay que olvidar lo fundamental: quien suscribe ciertos valores en nombre de su religión nos está diciendo que no tiene razones aceptables para suscribirlos todos, que de eso va, tarde o temprano, la religión, de “razones” que, de algún modo, renuncian a serlo (de otro modo estaríamos ante algo distinto de una religión, como una filosofía, seguramente no demostrable concluyentemente pero al menos con un afán de racionalidad, lo que incluye contemplar la posibilidad de reconocerse equivocada, caducada, una circunstancia que, sencillamente, carece de sentido para un creyente, que, a lo sumo, contempla la posibilidad de perder la fe, que es un asunto bien distinto).

Estas dificultades no resultan sencillas de resolver; en realidad,

resultan irresolubles, precisamente porque se trata de religiones. Pero, en lugar de admitirlo, nuestras actuales democracias han optado por tirar de los fuegos de artificio: la estrategia de reenviar el expediente a “la privacidad”, en hacer de la religión un asunto privado y taponar los problemas con algún truco de mampostería intelectual paulina del tipo “dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Una pseudosolución, aceptada por las tradiciones cristianas de por aquí, con no poca hipocresía, más por pasteleo que por convencimiento, y que, aunque a veces se presenta como un triunfo de las democracias, como todas las componendas en las que se mira hacia otro lado, acaba por complicar las cosas y, en este caso, por empeorar la calidad de la democracia. Porque, un día u otro, los feligreses quieren decir la suya sobre lo de todos, sobre el aborto, los condones, las “blasfemias”, la educación y hasta los fundamentos del poder político. Y cuando eso sucede, y siempre sucede, más o menos explícitamente, los conflictos escamoteados reaparecen en una dinámica bien conocida: ante diversas prácticas sociales o acciones políticas, los miembros de una u otra comunidad religiosa dicen sentirse provocados “en sus creencias privadas” y muestran su indignación, pero, cuando se les pide que traten de justificar el porqué de su indignación, apelan a la necesidad de respetar –y eso, para ellos, quiere decir no discutir– “sus” creencias religiosas, esto es, a una privacidad en la justificación, que es lo que no

puede ser una justificación, que es argumento, razonamiento con afán de convencer, publicidad esencial.

En realidad la cosa resulta más grave. Y es que la estrategia de la religión se ha convertido en la estrategia de todos a la hora de “defender sus derechos”. A la mínima, cualquier “colectivo”, a propósito de cualquier causa, incluso de las más justas, de aquellas a las que sobrarían razones en el debate público, opta por bloquear las discusión en una alegre proliferación de descalificaciones como “antisemita”, “machista”, “homóforo”, “racista” y otras mil. Por supuesto, aquellos sobre los que recaen tales descalificaciones no dudan en echar mano del mismo expediente y nos exigen el respeto “a sus creencias”, esto es, no discutir las, el silencio. Al final, el ciudadano ve cómo la discusión de ideas, y hasta la formación de los juicios, se ve encorsetada en una vereda de líneas rojas, de prohibiciones cada vez más estrecha, porque cada vez hay más gente que, por lo que sea, se sienten provocados, sin que él pueda decir esta boca es mía, sin que tenga ocasión de tasar la pertinencia de las indignaciones en un honesto debate democrático. Como casi todas las palabras y todas las ideas se acaban por maltratar e interpretar de la peor manera, no faltan quienes a la hora de reclamar un respeto a “sus creencias”, que es en realidad una imposición de silencio, echan mano del cabal principio de la tolerancia. Una tolerancia que, invocada a cuento de cualquier cosa, al grito de “intolerante”, no deja hablar a nadie. –



BÚSCANOS



Me gusta



SÍGUENOS

[twitter.com/
letras_libres](https://twitter.com/letras_libres)